

BALNEARIOS



Administración:
Barranco, Unión 203 (Perú)

Dirección General:
Barranco, Unión 203 (Perú)

PUBLICACION SEMANAL DE CHORRILLOS, BARRANCO Y MIRAFLORES

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, DEPORTES Y MODAS

PUBLICACIONES:

En la sección «Diversos» la línea..... S. 0.05
Id. «Preferencias» Id..... 0.10
Id. «Personal» la columna..... 10.00

SUSCRICIONES:

Al mes..... S. 0.40
Al trimestre adelantado..... 1.00
Números sueltos (cada un.)..... 0.10

Año VII

Domingo 22 de Octubre de 1916

Núm. 281

“BALNEARIOS”

DOMINGO 22 DE OCTUBRE DE 1916.

En la inalterable y eterna rotación de las fechas volvemos a aquella, siempre memorable, en la que al amanecer de un día de primavera nos presentamos en todas las moradas de Chorrillos, Barranco y Miraflores, desde la más sumptuosa a la más humilde, sin otros méritos y sin otros merecimientos para solicitar el favor público que nuestros firmes propósitos de servir los intereses locales con absoluta honradez.

Seis años han pasado; nuestros propósitos trazáronse una línea recta que jamás ha sufrido desviación alguna y puede encontrarse en nuestra vida, antes que una claudicación, una solución de continuidad. En estos momentos, en esta rememoración del pasado, sentimos la satisfacción muy honda de haber cumplido con nuestro deber.

Hemos colaborado en el desarrollo cultural de estos pueblos, llamados a los más prósperos destinos, sin alardes irrisorios ni inútiles timideces.

En su nuevo año de vida «Balnearios» no tiene otro programa ni más bagaje que los que trajera en 1910. En tiempos de prevaricación, como los actuales, esto nos basta para reanudar serenamente la marcha.

NUESTROS PROSADORES

Juan Parra del Riego

“La Bohemia” de Trujillo.

(Para Alfredo Muñoz, que tiene en “Balnearios” casa de par en par, abierta para todos los que van “hacia la luz lejana”, y ha sido siempre con entusiasmo que ha agitado como su valentísima bandera, un exaltador y un revelador de la ilusión apolínea en donde quiera que haya el contrado rosa de la primavera de Muses, colores de Hugo y Rantas de Verlaine).

No te sonrias, lector. No es la bohemia que tu crees: la andantesca y lucida bohemia que con el campanilleo de las paradojas de Collini, las risas de Marcello y los amores de cuenta y canción de Rodolfo y Mimí expiró en Francia con el siglo diez y nueve; y que, aún ahora en España—tierra, al fin, de Nuestro Señor el Quijote!—ha dado con la vida y los versos de Emilio Carrere un último grito a la luna. Pero no, no es esta bohemia con melendones de Mont mate, corbatas huengas, ajenjos y amartelamientos fantásticos bajo el divino astro de la congoja palidísima; es otra bohemia, lector, la bohemia mental que dice Unamuno si tu quieres. Verás.

Pero antes debo decirte (verdad Hipólito Taine?) esbozo de su medio.

Trujillo es ciudad ancha y clara. No es como Arequipa la ciudad mágica y pujante del obrero y la campaña de colores; pero es la ciudad que luce como más extendido vivac inoperante que no suene como el topográfico delineamiento más perfecto en el Perú. Desde el ápice de cada una de sus calles avizorace derrochamente el fin, y las veredas parecen hechas con regla. Piénsese en villas de Alemania, en frías y geométricas. Fácilmente el turista, en su primer deambular por las calles, advierte el forzoso luchador de la arquitectura moderna invasora y el calado balconaje de la casa colonial. Y ve junto al patio con anchurosa escalinata en el fondo y escudo de armas en el portón que alumbra, pendiente en su brazo de reja, el caudil poético de las antiguas veladas, el edificio de ahora con sus tres pisos de jambas mequinias aguiereado de carcelarias ventanas que hielan el corazón romántico; y tal vez con medro de estéticas sentimentales, como “el progreso” cada vez más en nueva calle, cada vez más en otro barrio trunfante de la vieja alma arquitectónica de la ciudad, sóbria y placida. Pero aún puede reconstruirse y amar la tradición en las iglesias de estilo plateresco, en el palacio obispaal, sus tumbos; manción con arcos de rancia arquitectura en los portales que tanto vieran pasar el séquito católico, deslumbrador y joyante, en

las mañanas de misa cantado y sermón luengo; y también en alguna casona vetusta con fastigio de valiente heráldica y en cuyo interior se adivina, aún hoy día, al sexagenario abuelo feudal que no quiere ver la calle por orgullo. Pero Trujillo, ciudad universitaria con Corte Superior y el correspondiente aparato institucional de las capitales, es ciudad melancólica, triste, monótona. Ella dará sensación de pueblo abandonado durante el medio día con sol tremendo. Nadie sale; no pasa nadie por las calles. Solo de rato en rato garabatea el viento un ladrido de perro que la soledad engrandece o percibese, suave e intermitente, garraspear de roncadas palomas en tinglado de alto techo, o perdido canto de gallo alargándose como elástico sonoro por el girón solitario. Uno vuelvó la cara hacia todos los lados y no ve a nadie. El corazón se sierra como un puño. Pero se abre jubiloso y rápido más tarde cuando, al pasar por una ventana, hemos visto unos ojos muy grandes y muy negros que nos han hecho pensar en mujeres de carnes perfumadas y sus visimas.

Más, aún junto a estos dos aspectos de Trujillo ciudad de tradición y Trujillo ciudad moderna, hay un tercero que es, tal vez, el más fisiológicamente pintoresco: la provincia. Y la provincia en Trujillo es como en todos los departamentos del Perú: cierto sabor de campo en la ciudad; el salir de pacífico buro en la tarde y encontrar por el contorno rústico maternal grupo de vacas amigas que sigue campesinita de mejillas frutales; y el ver idílicas y azules humaredas de chacras lejanas. Y en plenitud urbana, después, evocadora pared de convento por sobre la que aguiata una coja de chirimoyo cuajada del suave fruto. Y el boticario, el juez, “el caballo del doctor”, un señor que fué Subprefecto, el estudiante vargavilano; inesperado atraso en las modas y, lo más definitivamente típico, el chismecito, el leguleyo, las ambiciones medidas con compás, la envidia que se muerde en los labios, el saludo a medio sombrero, los odios pueriles. Las rivalidades estúpidas y el alborotarse del cotarro indignado cuando, audaz talento joven, saja moldes caducos por más original orientación. Ahora, lector, si haces sinopsis de estos tres aspectos que te he procurado diseñar, conocerás el medio en la ciudad de Trujillo.

Y volvamos a nuestra “La Bohemia”. Fué dos días después de mi llegada, una tarde, que sentí de pronto en la puerta de mi cuarto de alquiler:

—Tan, tan, tan.
—¿Quién?
—El poeta Parrá del Riego?—Me levanté y abriendo:
—Son yo, señores. Adelante.
—Muchas gracias. Venimos de parte de “La Bohemia” a saludarle, invitándole a que concurre a esta noche a la casa del señor Garrido, en la que se han dado cita los demás miembros de esta sociedad en homenaje al poeta que ha llegado.

—Amigos míos, agradecidísimo. Estará con Ud. puntualmente esta noche, pero... la verdad... la bohemia... y la bohemia en Trujillo...?

—Y fué el periodista Garrido quien repuso: —No queremos adelantarle nada. Ud. verá. Hablamos un poco de mi viaje, de Lima, de libros y se fueron.

Yo me quedé pensando “La Bohemia”... “La Bohemia”... ¡ah!, pero no acaba—ha de acordar que en el trayecto de Salaverry a Trujillo en el tren universitario (yo siempre he desconfiado de los universitarios), respondíndome a una pregunta me dijo: “Sí, en Trujillo son muy pocos los que escriben, y con seriedad solo algunos universitarios. Hay otro grupo, pero que no son universitarios (yo para mí: ¡que barbaridad!) Imagínese Ud. una porción de individuos que han dado en llamarse “La Bohemia” y no son sino unos chiflados. Y no hay más”.

Era lo único que salía de “La Bohemia” y que los afanes de mi instalación me hizo olvidar de pronto. Pero me iba a convenir. No me faltaban sino horas. Esperé. Y, por fin, anochecido, fui. Una indicación oportuna me puso en la puerta de la casa que buscaba. Hasta que, después de haber traspuesto los treinta peldaños de una escalerilla larga y sutil como una espada me di, de repente, con la contemplación de una salita elegante como la de una muchacha bajo foco de luz tamizada por leve pantalla verde. Me detuve. Miré.

—El poeta Parrá del Riego,—remendaron veinte voces.

—Señores, tanto gusto.—Sonrisas. Apretones de mano. Doblamientos vertebrales. Ya éramos todos amigos. Nos sentamos. Y el periodista Garrido habló:

—Ahora le debo explicar a Ud. lo que es nuestra “La Bohemia”. Todos estos señores que ve usted acá, poetas, novelistas, psicólogos, algunos genios (Risas. Comencé a conocer el

carácter burlón de Garrido) nos reunimos en esta sala de mi casa los miércoles y sábados para hacer dos horas de lecturas. Naturalmente, vinculados por este eslabón intelectual nos paseamos juntos, de cuando en cuando almorzamos en grupo ó hacemos, también en grupo, excursiones a las ruinas de Chanchan por las tardes o en noche de luna a las playas vecinas. Esta es nuestra terrible bohemia, señor Parra.

Yo confieso que sufrí un conato de decepción; pues a mi fantasía harto acrobática y algo infantil se le ocurrió encontrar el grupo clásico de behemios a lo Murger, con sus correspondientes Musetas y Mimis. Pero nada, absolutamente nada de extraordinario. Miré todas las caras: eran rostros agradables de muchachos inteligentes; miradas vivaces y algún alborotamiento de cabellos morenos en cabeza romántica. Era todo. Y pensé: ¡oh, inofensiva, santa, piadosa, benigna bohemia sin pispos, tazas de café, proclamaciones de genios, discursos estupendos ni minus muy olusivas pero muy sucias! Esta era otra bohemia. Una apacible y amable bohemia de provincias pero de muy claro linaje si se piensa que ella no es sino la reacción del «batar de alas» y la inquietud psíquica de temperamentos delicados en el medio chato y calculador de la provincia pequeña como un dedal. Para mí, pláceme más estos bohemios ¡que muy bohemos lo son en verdad si por bohemia ellos comprenden el cascabeleante humor, el vivir en ó la lirica; el juntarse de espíritus empenachados de mental aristocracia para alzar bandera contra la universidad, el aforismo obeso de Sancho; y, unidos muy unidos, insuflarse de dulce amor a la sabiduría en serenas castilidas de filósofos é inteligente amor a la virtud, pero nó en latín y si junto a las rosas, el vino y los bellos versos.

Esta era la terrible, la vandálica y dolerétera bohemia del universitario del tren. Aquella misma noche lo conocí a todos. Fué-nosotros presentando conversación colorida, oportuno apoteagma y el inevitable tema literario. Y yo te voy a hablar de ellas, lector limeño, por que se que nadie te ha dicho del buen abolengo de sus merecimientos y para que no le ocurra tal como a la de Arequipa que, original y robusta, hasta hace poco se te cayó; y por que menester es que abras ya los ojos a la cultura de provincias que en Lima no ha sido hasta ahora para tí sino zandajada de burlón asperje y gatuperio de zarzuela. ¿O es que no te inquieta la bolvanera reconfortante como aire de mar que te viene del Sur en César Rodríguez, Morales, More, Gibson, Hidalgo...? En Trujillo también ha roto molinos de viento el claro lanzón quijotesco. Y tu no sabías nada, nada. Y vivías enamorado de tu campanario con Margaritas Cothier sin ritmo y Condes de Lenos de pega, olvidando al mejor de tus literatos, a aquel melancólico genial de fuerte cabeza y corazón todo ala que es Manuel Beingolea, nacido en tu medio para, por sarcasmo del Destino, solo ser Prometeo encadenado en Cáucaso de bizza indiferencia. ¡Ah, y todo eso ¿por que? ¿por quien?—Por consagrar con pompa rascacera de melosos ditirambos en caricaturas de periódico y noches de Teatro Municipal a no importa qué bululú de la literatura.

Debia empezar ahora con José Eulogio Garrido, director de “La Industria”, voluntad militante y centro nervioso de los entusiasmos de esta “La Bohemia”, y seguidamente con Antenor Orrego, director de “La Reforma”, y en cuya mentalidad vuela más alto la abeja pindárica de todos, pero de propósito postergémos para el último, ya que merecen ambos más dilatado comentario.

Entre los prosistas distingüense, primeramente, Santiago R. Vallejo que hace dos años publicó un precioso libro de crónicas y cuentos, “Del propio sentir” al que no le regateó elogios el poeta Casarquilla Mallarino en un periódico de Panamá; y con él, después, Luis Armas que, a pesar de su estilo pebleyo y fofo, ha escrito un brillante ensayo de novela nacional “Tanu” admirable por el verismo descriptivo del medio de una de nuestras haciendas del Norte y lo observación ágil y exacta de tipos locales. También podemos recordar a Alcides Spelustin que se inicia en el cuento como un triunfador.

¡Última! Solo que generación tan zebra de relampago no haya querido tener mano de prodiga Ceres con los poetas. Ellos son dos; pero dos amorosos y trémulos citatistas de verdad: Oscar Imaña y César Vallejo. Poeta de dolor perfumado a lo Verlaine, Imaña canta el burlón de los crepúsculos, la dulzura de los árboles por la noche y la luna, barca de cristal con velas de plata junto a las islas románticas de las nubes; ó, atuscapa enfermiza a veces, se disecciona el corazón

junto a rosa de seda en la hora del ruiseñor shaksperiano. Vallejo, más hondo que él y con más inquieta cerebración y anchura en el miraje, es paisajista sentimental y sugeridor. Casi por todos sus versos se nota el paso de aquel poeta que tenía vestida de ave del paraíso la emoción, de Julio Herrera y Reissig. Pero yo creo que se le puede poner en la tren. te una violeta de aquellas que con Hojas de hiedra coronaban a Alcibiades, cuando comparaba el discurso de Sócrates a la flauta del sátiro Marsyas, ebrio de fervor y de vino en aquel divino banquete platónico, al que—fue preciosista de este verso: ¡un nido azul de alondras que mueren al nacer!

Con José Eulogio Garrido sucede el caso del hombre con más talento que el autor. Mal le conoce quien le juzga por sus crónicas y artículos de periódico. Ellos sabrán encordar mordicante ironía de Queiroz con nervioso estilo de Azorin; ellos jamás incurrirán en el villano lugar común y serán prosa de aligera salicada, pero hay que estar junto al hombre; oírle hablar, verle vivir, respirar su atmósfera mental en la plenitud dinámica de su vida para poder descubrir el definitivo matiz filosófico de ella. Para que el que observa, Garrido será el incorregible socarrón de las antiguas novelas picarescas pasado por novelas de Eca de Queiroz. El hablará mascando la sonrisa junto a cada calembour, como buen irónico. Su talento será el talento de la oportunidad en las frases que queman y terminan en punta como los alfileres. Y su burla, broma que ira zigzagante como cohete de colores a estallar junto al «naricisimo» de Quevedo ó cabe un buen humor gargantuesco en vivas luces de sutil ingenio. El prenderá con límpida voz de sochantre sargas de aquellos adjetivos que causan las invencibles hilaridades. Pero mal le conocerá también quien le juzgue sólo por semejantes apariencias. Este señor Garrido es profético. Pero él, incisivo, trunfal, perverso, sabrá poner ramo de flores en la mano del amigo que se vá; y él, pírrónico, sarcástico, con sensibilidad cuasi feminea acariaciada al pasar la cara dulce y sucia de alguno de esos muchachos—¡pájaros del camino, —ó tornarse de pronto recogido y pensador ante el crepúsculo del regreso de un paseo, y sentimental, fraternal y cordial en la playa con noche de luna; para hacernos pensar que no es siempre para él la vida «El mundo de por dentro» y que puede el señor de la Torre Abad ser pantagruélico en las «Jácaras», madrigalesco en las «Liricas líricas», filósofo en «El sueño de las calaveras» y místico en «En Búsqueda».

Solo me resta hablar ahora de Antenor Orrego. Antenor Orrego tiene 24 años y es pálido y bajito como nuestro José María Eguén, Silencioso, apático, tímido fácilmente se le olvida después de la presentación. Nunca habla este señor Orrego. En las charlas de grupo solo se le verá aprobar con movimientos de cabeza, abierta en la cara su sonrisa de bueno. Siéntese al lado de él la poesía simple y suave de la provincia. Los que no le conocen sino meramente pueden pensar: “—Qué simpática persona es el señor Orrego, no?” Y nada más. Pero algún día en el mostrador de un hotel ó en la espera de una peluquería hemos cojido al azar un periódico en el que, inesperadamente, un artículo, una crónica ó un cuento nos ha magnetizado los ojos, y nos ha hecho exclamar, después: ¿quién ha escrito esto?—Antenor Orrego se nos habrá dicho. —¡Antenor Orrego! Pero si es imposible. Yo conozco a este señor. No puede ser. Más, pronto la realidad nos castigará la mala costumbre de creer en los talentos que se confiesan por las calles y levantan cátedra de oratoria en mesas de café.

¡Ah, señor Orrego, que sois en esta época de civilización dictatorial raro y bello paradigma de la modestia que aconsejaba Sócrates para las linajudas calidades del espíritu! ¡Ah, escritor amigo, que hacéis cuentos lindos, crónicas que son comentarios sentimentales de la vida y apólogos de poetas con pluma elegantísima, corazón de cristal y filosofía de Cuyao, no vengáis a Lima! ¡No vengáis a Lima señor Orrego, que sois tan silencioso, tan apacible, tan Francis Jammes. Mal espera a los poetas de verdad hoy día el metrópoli donde flameó el gonfalon de Pizarro. Pasó con sus amores de reja, sus galanterías de minú y sus personajes de cuadros de Merino la Colonia,—con ruido de cazoletas y el abanico de oro de los fogonazos, la época de la revolución después. Lima es ahora ciudad obesa y de cantidad; gran mastrador de tienda elegante en el que se cotizan valores morales y tras el que son tenebrosos de picaros libros, mides—laudatorias y enuueble—madrigales, políticos, escritores y poetas. Caso aislado de “Vida de Lincage” en Manuel González Prada entre los de su generación; y de recogimiento estudio y labor fecunda y bella en Silvestre Va-

MIRAFLORES

Vida Social

Cumpleaños
Hon celebrado su onomástico con el círculo de sus relaciones:

El domingo 15 fueron muy felicitadas las señoritas Teresa Benites y Teresa Cabieses.

El martes 17 celebró sus natales el señor Carlos Benites.

El jueves 19 la señora Alicia de Flores siendo con tal motivo felicitada por sus relaciones.

La señorita Augusta Palma celebró en esta misma fecha su natalicio.

El sábado 21 el señor Alberto Quimper R.

Hoy domingo cumple años la Reverenda madre superiora del convento de Jesús Reparador, con tal motivo las niñas de este plantel han preparado una fiesta de la que daremos cuenta en el próximo número.

Hoy domingo cumple años la señora Carmen Bricet de Hérouard.

En este mismo día cumple años el señor Hilarión García Seminario.

De salud

Se encuentra delicado de salud el señor W. Morikil.

Enferma se encuentra la niña Adriana Figari Cuadra.

Convaleciente se encuentra la señora Concepción P. de Winterbal-

ter y la señorita Marta Roggero Figueroa.

De viaje
El señor Adolfo Rau sñdico del Honorable Concejo de esta ciudad ha emprendido viaje á Arequipa por pocos días.

De residencia
Se encuentra entre nosotros el señor Ministro Plenipotenciario de Bolivia acompañado de su familia pasará una corta temporada y ocupará el rancho del señor H. Revett.

También se encuentra entre nosotros procedente de Piura la señora Josefa Seminario de García acompañada de su señorita hija Magdalena García y Seminario.

A Aconor

Se ha dirgido la familia Revett.

Próximo enlace.
Proximamente contraerán matrimonio la señorita Rosa Benavides y Diez Canseco con el señor Alfredo Checa y Eguiguren.

Ha quedado concertado el enlace del señor Ricardo Figueroa San Miguel con la señorita Martha Roggero Figueroa.

Los Boy-Scouts

El sábado 14 de octubre se reunieron el local del Centro Miraflores los miembros de la brigada de Boy Scout de Miraflores.

Asistieron los siguientes Boy-Scouts: G. Reyes, A. Romero, M.

Campos, A. Franco, A. Leguía, J. Reinos, I. Avendano, A. Arias, S. E. Fry, J. de Vivero, A. Torres, A. Botteri, L. Fernández, R. Parcks, Alberto Arias S., M. González del Riego, J. Espejo, I. Reyes, A. Salgado, A. Quimper y A. Santillana.

El jefe de la Brigada manifestó el objeto de la reunión que era el de elegir cargos para la junta Directiva, siendo el resultado de la elección el siguiente:

Presidente señor Ricardo Ferro, Vice-Presidente L. Fernández, Secretario Javier Arias S., Tesorero Alfonso Leguía, Vocales, Juan Vivero, Alberto Quimper R., Augusto Salgado y R. Franco.

Oportunidad

VENTA DE MATERIALES

Se vende todos los materiales existentes en la fábrica de la calle Schell N.º 17 comprendiendo todas las instalaciones.

Razón: Alameda N.º 11 ó Schell N.º 45.
Teléfono 40 ó 9—Miraflores.

Dr. MIGUEL D. MORANTE

ESPECIALISTA

En enfermedades de niños

efe del servicio de niños en el Hospital de Santa Ana

Miraflores Alameda No. 3

Teléfono N.º 85

Consultas de 1 á 3

Lima. Espíritu Santo 557 de 3 á 5

Sucursal de la Zapatería
"LA ITALIA"
Calle del Miagro Nos. 474-482—Lima
BARRANCO
AVENIDA DE SURCO N.º 0

Aviso á mi numerosa clientela y en particular á los que residen en este balneario, que la casa está á cargo de un nuevo y competente maestro.
Hay constantemente calzados de toda clase, forma y calidad.
Se refeciona toda clase de calzado con prontitud y esmero.

Especialidad en calzado para niños
ANTONIO REBOSIO.

Lavandería "La Económica"
— DE —
VICTOR CUYA
Barranco, Mariátegui N.º 123—Teléfono N.º 116

Especialidad en el lavado de toda clase de ropa blanca ó de color; de algodón, hilo, lana, seda, bordados y encajes finos, para señoras, caballeros y niños.
Planchado especial de camisas, cuellos y puños. Trabajo superior á cualquier otro establecimiento.
Se limpia, plancha y lava TERNOS DE CASIMIR para caballeros, garantizando este trabajo que corre á cargo de un buen sastre.
Tarifas especiales á familias numerosas.
Se hacen también descuentos en las facturas que pasen de DIEZ soles.
Se recoje y entrega á domicilio. Atiende todo trabajo de Miraflores y Chorrillos.

Imp. La Moderna—Blinghurst 361

sombrio y Manuel Beltroy entre los escritores y portalaras del último momento literario, la intelectualidad limeña es de sonaja y relumbra hoy día. Ella será gruñu que se huele y se mueve en quicios de dulcería y estrados de cinema. Ella será jovencitos que se saludan con fastidio en la calle de Mercaderes cuando no hinchados de follonía como el melón de la punzante "Sátira", si con la insufrible "pose" de "D'Anunzio", pero ninguno con la más infinitésima parcela intelectual de este magnate de la inteligencia.

¡Si, señor Orrego, que habéis escrito un estudio delicioso y hondo sobre el poeta Mistral, no vengáis á Lima! Quedáis en vuestra provincia, recogiendo en vuestros ojos tan serenos "la humilde soledad verde y sonora de los campos". Y ya que no habéis nacido sino para las frases bellas y los ritmos melódicos, seguid con vuestra vida de antiguo frailecico que se pasa meses de meses, días de días, minando mayúsculas de misal en ese cuartito lleno de libros que desde la madrugada tenéis con las ventanas abiertas al buen sol y á las cigarras del jardín; y por el que os paseabais nervioso, hablando alto, en las mañanas de inspiración. ¡Si, escritor amigo, no vengáis á Lima, ya que por vuestro talento y el resplandor de verso de Virgilio que os nimba el corazón, seréis mas tarde para el espíritu de los que os lean, benéfico y amoroso como esos domingos provincianos que alegra el tamborilero rural.

Lima—1916

EL CUENTO DE ESTE NUMERO

La tachuela

¿Quien de estos tiempos románticos á pesar de ser positivos, no cultiva la manía de guardar recuerdos, cartas, prendas pertenecientes todas á la persona amada? Cada una de estas bagatelas ha presidido un momento feliz ó aciago de nuestra vida sentimental; largos listones, flores secas, chucherías regaladas en cumpleaños, guantes que todavía guardan restos de perfume, pañuelos descoloridos y retratos que, si primero han figurado en las paredes de una habitación, van después y para siempre al fondo de una gaveta.

Nada hay que apene tanto como remover en ciertos días de búsqueda los cajones ó los cofrecillos donde todas las prendas yacen olvidadas. Es casi siempre como ir á un cementerio donde reposan muertos queridos y evocar días lejanos de dicha ó de dolor y renovar heridas que el tiempo cicatrizó.

Muchas reliquias de amor conservaba mi primo Julio.

A los cuarentidós años, habla ya reunido casi un museo, que, una tarde de otoño, mientras estuve á saber de su salud casi echado por tierra á causa de una angina, tuve oportunidad de curiosear por centésima vez.

Sentíamos en la otoño tarde una laxitud agradable, á lo que contribuía el abrigo de la habitación estrecha, y como recatada entre espesas y abullonadas cortinas.

Sobre la mesita de roble tallado, hervía el té escolado por dos tazas de sérvos. No se escuchaba mas rumor que el de la ebullición de agua en el recipiente de aluminio:

Pasaba esto en el puerto. El mar quedaba distante y la factoría cercana, muda entonces á causa de una huelga, no contribuía

como de costumbre á ensordencernos con su pertinaz machacar de hierro. Los muebles eran cómodos, amplios; hechos para recaleantar sueños sibaritas. Sobre una consola descansaban novelas de pastas amarillas, ediciones Charpentier. Sobre ellas ramos de claveles. Recostábase en el sofá la guitarrá española de doce cuerdas, festoneada en el remate por un lazo encarnado. Era la confidente de las penas de Julio, que dicho sea de paso, poseía una cálida y aterciopelada voz de barítono.

Cerca de nosotros quedaba el mueble pequeño y verde, formado todo de diminutos cajones cada cual con su correspondiente asa dorada.

Era el «sarcófago». Así llamaba Julio á aquel depósito de recuerdos, cartas y retratos, que encerraba toda su vida de joven, que me enseñaba una vez más el aire triunfante con que don Juan habria mostrado sus trofeos á Cistuy.

Aunque fueron muy diversos nuestros destinos, algunas ideas provenientes de los mismos lecciones nos reunían siempre. También habíamos actuado en las mismas aulas. Muchas veces tuve que encararme para proteger sus planes con viejos ó con tiernas criaturas. ¿De qué podíamos hablar pues en esa tarde languida que tanto se praba á confidencias? Gratas fueron á su vanidad esas memorias. En cuanto á mí, en volvíame una inconsoleta melancolía al reparar esa serie de incidentes amatorios en que no me tocaba la mejor parte y que ningún mortal buen mozo como Julio se exime de los veinte á los cuarenta.

Mi primo abrió el sarcófago. Verdaderamente nos produjo esa vez una emoción no sentida antes. Por primera vez le vi triste á él que siempre desechó penas. ¿Qué sería? ¿el otoño? ¿la amolecencia? ¿la juventud prófuga? Casi todas las prendas me eran conocidas familiares, pues á muchos de sus amigos conocí. ¡Carol! ¡Era el confidente!

Apareció primero el zapatico de rosa de Lola Dark, el cual una noche de baile cuando la acompañamos á su casa se lo dejó en las manos subiendo en un pie (curioso capricho!) las escaleras de mármol.

Vi la peineta de carey rubio que se quedara olvidada detrás de un divancito, cierta tarde que con sigilo Julio me pidió las llaves de la «Nebaida» como llamaba él á mi pobre cuarto de estudiante.

—¡La Rasetti!—exclamó turbado por la emoción.

—La Rasetti!—repetió él sonriendo compasivamente.

No me extrañó su sonrisa porque esa italiana de una belleza desleñosa á lo Juan, fué no su gran pasión sino la mía y más cuando nada hice por ser el afortunado.

—No me envidies,—agregó—no sabes cuanto daría por estar en tu lugar.

No me convenció mucho aquello, pues: por más «sharpiá» que se hubiera mostrado la Rasetti para con él, la envidia y los celos me mordían aún el corazón huérfano de elegantes amores.

Viros un pañuelo de batista rusa con un complicado monograma bajo una corona baronal.

—Rhes, no digas más.... Desdobláronse unos encajes de Malinas. Conoció los encajes. A la propietaria la llamaba él «Venus Milyta». Era esposa de un militar.

Y por este estilo fueron apareciendo todos los dioses de la mitología pagana, ninfas, nereidas, sirenas. Tenía Julio la discreta costumbre para hacerme confidencias á sus anchas y aún delante de extraños, de disfrazar á sus amados con nombres mitológicos. Cuando se portaban mal dábale nombre de acorazados. Pasaron Testhyllis, Galatea que era una provinciana fresca y morena, Pasó la aristocrática, Niobe de formas esbeltas é infantiles. Pasó la trágica Clitemnestra, una mujer alta envuelta en cresyes ones, viuda de un abogado. Luego Neera, Antígoda, Minerva que era una preceptorita, rubicunda. Al examinar un pañuelo con una inscripción en cada una de sus puntas, ambos nos echamos á reir.

Pertenecía á una mezcla de un tálago, gordísima, con círculos de pintura en los oblicuos ojos y á quien, por concomitancias bélicas de aquellos tiempos le puso Julio el «Yowas», nombre de acorazado Yankee fondeado entonces en Filipinas.

Después del té y ya de noche nos despedimos. Salía yo siempre de donde mi feliz primo apretando los dientes con sordo rencor, tanto por su buena fortuna como por mi mala estrella. Además, mi primo siempre habia usado conmigo al hacerme tales confidencias un aire donjuanesco que mortificaba casi físicamente y que me humillaba tanto más cuanto que jamás conocí otro refugio amoroso que el seno llaco de modestas modistillas.

Ya solo en mi cuartito, al débil fulgor de una esperanza, renové con color y por centésima vez también la amarga certeza de mi mala estrella amorosa proveniente de mi admirable timidez, de mi ridícula pobreza, de mi positiva fealdad, y comparé la vida fastuosa de mi pariente con la mía, recluso siempre en cuartito como es donde la Rasetti llevaba la por Julio por convenirle la calle, saldría probablemente con muestras de desagrado. Condenado á roer el pan negro del amor, mientras que él..... Le odié, si. ¿Qué? Le habia odiado siempre sin confesarlo.

Caí abatido sobre mi silla de esterilla delante de mi tosca mesa, cuán distinta de la de él tallada en roble! Tenia un cajón. Lo abrí. Ni un Lazo, ni una flor seca. Papelitos, cuenta de la bodega por cigarras, velas y fósforos. Horarios de clase, programas de teatro, á muchas de cuyas funciones asistí invitado por él, cartas también. ¡No, más no vallan la pena. Una del padrino que me sostenía envidiando una mesada y recordándome que me cetera; otra donde una tal Angela me cedaba un canario y me llamaba su «hidolatrado Guaquín», una receta, odioso testimonio de esta maldita viruela que tanto ha contribuido á mi mala suerte. También apareció una tachuela dentro de una cajita de clorato. Da dónde, á qué histórico eslabón estaba ligada esta tachuela? Esa tachuela estaba ligada á mi gran pasión desconocida, á la Rasetti, y la habia encont á en casa de Julio.

Ohr la Rasetti! La causa más poderosa para mantener en latencia esa actitud rencorosa para con mi primo. ¡Cómo la amé cuando la ame sin esperanza! ¡Qué hermosa era, y yo cuán insignificante!

Y este mismo cuarto donde hoy rugía como antes los ermitaños cuando recordaban á las hetérias romanas, este mismo cuarto que no sin ironía se llamaba «Tebaida», estaba lleno de ella. Sobre sus miseros muebles habia sido estrechado por otros brazos que no eran los míos.

Recordé cuando de noche al recoger me encontraba mi angosto lecho saturado de su perfume penetrante. Cerraba los ojos y me parecía que me acariciaba ella. ¡Ella! que para mi

era la diosa incomparable y á quien el frívolo Julio estaría ya por dar algunos de esos motes que habia, profanando mi ídolo.

Una mañana de exacerbad delirio, fui á ver á Julio. Casi llegaba á consolarme hablando con él de dichas en que no tomaba una parte activa y directa. Estaba en la cama adormida. Una caja de madera ensamblada. Le esperé. No sé por qué razón—sin duda por hallarse «en vigencia» como Julio decía—estaba allí en una de las paredes suspendido con una tachuela—con esa precisamente—el retrato de la Rasetti. Primero me asaltó la idea de robármelo para acompañar mis nocturnos ensueños saturados de su perfume con la vista de su adormida imagen que hubiera despintado á besos. En seguida me arrepetí. Julio que me habia idea con ella á causa de lo mucho que sobre ella le preguntaba y que hasta me habia ofrecido cedérmela cuando le diera pasaporte—podía notarlo. Se me ocurrió una idea, copiarla al lápiz. Pocas eran mis nociones de dibujo; sin embargo, saqué lápiz y en el revés de una carta comencé el croquis. Qué bien estaba en ese retrato! Tenía un aire pensativo y encantador. Negreaban intensamente dos volutas de cabellos sobre la frente estrecha y divina, los ojos claros que tanto adoraba estaban como entornados y con una mano bonitísima y llena sostenía la cabeza lánguida, soñadora y grave. Dos rosas tenía creo, prendidas en la nuca, el resto del cabello caído sobre la espalda con gracia adorable, las cejas un poco espesas pero que denotaban energía en la pasión. Ese desdichado gestó del entrecejo no me salía, era incopiable. Lo dejó á un lado y atacó la boca un poco grande y triste, loba bondadosa, apasionada. Batallaba con el sutil é irónico arco de los labios, cuando Julio se asomó en bata de seda y chanclos y una brocha de afeitar en la mano.

—¡Hola! ¿estabas aquí?—dijo.
Yo escondí el papel, ruborizándome.
—Ah platónico! Comprendo—continuó—con una de esas sonrisas de hambre feliz y amoroso que dejó al descubiertas sus fuertes dientes carniceros. —¿le componias versos? Descuida ya podrás esperar. No tardo en darle el portante.

Luego se fijó en el retrato, lo desprendió de la pared y abriendo uno de los cajoncitos, agregó:

—Desde que no va á estar en «vigencia» no te parece que lo sepultamos?—Y cerro con llave.

Yo mordíendome los labios torné maquinalmente la tachuela con que estaba prendida á la pared la fotografía de mi amor y que quedó sobre el sarcófago.

Luego me despedí desalentado. Llegué á casa maquinalmente absorto apretando el clavito entre mis dedos.

Y ahí lo guardé en mi cajón.
Y aque la tarde de otoño después de confidencias hechas ya con el frío de la madu constaté que de mi triste vida sentimental es el único recuerdo y el único tesoro.

Porque ella, rotas sus relaciones con Chile partió á Italia.

Su fotografía hecia en Italia también due me en el fondo confuso del sarcófago.

Solo esa tachuela me ligó á su recuerdo y en suma la única reliquia de la pasión que tuve por una mujer elegante, pasión que ni siquiera fué conocida.

—¿Cuán pequeña es la reliquia! ¡Ni siquiera puedo besarla bien!

MANUEL BEINGOLEA.